

JUAN BOSCH

Se me aparece envuelto en bruma poética, destacándose su alta figura en medio de un verde anfiteatro tropical, cara a las aguas del Caribe, pulsando los latidos del mundo desde la soledad de su primer destierro. Y se me aparece sereno, sin la amargura que engendra a menudo el exilio cuando es injusto, erguida la frente, llenos los ojos de dignidad, con esa expresión algo remota de quienes han sufrido y meditado largamente.

Lo conocí en Puerto Rico y me atrajo de inmediato por su paz, su rico silencio que irradiaba una soledad cósmica, no buscada, que es el sino de algunos elegidos. Después habló largamente y no hubo palabra inútil en su plática.

"La revolución de América Latina está en marcha, dijo, y nada puede detenerla. Revolución cristiana o comunista. Irá prendiendo escalonada, por etapas, en los próximos veinte años, quizás. Pero creo que ha de realizarse con matices diferentes en cada una de las naciones latinoamericanas, según las necesidades y características de sus pueblos. Y según su pasado histórico."

Lo interrogo acerca de su caída de la Presidencia de Santo Domingo Y me sorprende la increíble objetividad que muestra para juzgar los sucesos que lo arrojaron del poder. Sus heridas, al parecer, están cicatrizadas. Cuenta cómo intuyó desde el primer momento que sería derrocado al conceder todas las libertades públicas a un país que, larga y dolorosamente oprimido, no estaba preparado para recibirlas. Pero afrontó la perspectiva de caer antes que privar a

su pueblo del supremo bien que tenía derecho a poseer.

Y tuvo que partir. Para retornar de nuevo y de nuevo alejarse definitivamente.

Figura patética que surgió ante mí en el deslumbrante escenario de Puerto Rico, bajo su cielo siempre arrebolado y en medio de sus verdes infinitos. Figura que marcó instantes decisivos en la evolución de su patria.

María Flora Yáñez.

